

ALFAGUARA



Zygmunt Miłoszewski

El caso Telak

Traducción de Francisco Javier Villaverde González

Capítulo primero

Domingo, 5 de junio de 2005

Gran éxito de la reencarnación del festival musical de Jarocin, diez mil personas ven los conciertos de Dżem, Armia y TSA. La generación JP2 se congrega junto al lago Lednica para tomar parte en el encuentro de oración que se celebra allí cada año. Zbigniew Religa anuncia que va a presentar su candidatura a la presidencia y que desea ser «el candidato de la concordia nacional». Durante la exhibición aérea de Góraszka (Varsovia), que cumplía ya su décima edición, se han podido contemplar las maniobras de dos cazas F-16 que han hecho las delicias de los asistentes. En Bakú, la selección polaca de fútbol derrota por tres a cero a Azerbaiyán con un juego pésimo y el entrenador azerí agradece al árbitro. En Varsovia, agentes de policía reparten entre los conductores fotos espeluznantes de víctimas de accidentes para que les sirvan de advertencia, en el distrito de Mokotów se incendia un autobús de la línea 122 y en la calle Kinowa vuelca una ambulancia que transportaba un hígado para un trasplante. El conductor, la enfermera y el médico sufren contusiones y son llevados a un hospital; el hígado no queda dañado y el mismo día se realiza el trasplante en el hospital de la calle de Banach. La temperatura máxima en la capital es de 20 grados y hay precipitaciones ocasionales.

1.*

—Dejadme que os cuente un cuento. Había una vez un carpintero que vivía en una pequeña ciudad de provincias. La gente del lugar era pobre, no podía permitirse comprar sillas y mesas nuevas, así que el carpintero también era pobre. Apenas lograba reunir lo justo para vivir y a medida que pasaban los años cada vez dudaba más de que su suerte pudiera cambiar, aunque lo deseaba más que nadie en el mundo: tenía una hija muy hermosa y quería que le fuera mejor en la vida de lo que a él le había ido. Un día de verano se presentó en casa del carpintero cierto hacendado señor. «Carpintero», le dijo, «va a venir a visitarme un hermano mío al cual hace mucho que no veo. Quiero hacerle un regalo que le deje maravillado. Como él viene de un país en el que abundan el oro, la plata y las piedras preciosas, he pensado obsequiarle con un cofre de madera de belleza excepcional. Si puedes terminarlo antes del domingo siguiente a la próxima luna llena, jamás volverás a quejarte de ser pobre». Por supuesto, el carpintero aceptó y se puso a trabajar de inmediato. Se trataba de una tarea inusualmente difícil y fatigosa: quería mezclar muchos tipos de madera diferentes y adornar el cofre con minúsculas tallas de criaturas fantásticas. Comía poco, casi no dormía, solo trabajaba. Mientras, la noticia de la visita del acaudalado señor y de su insólito encargo se extendió con rapidez por el pueblo. Sus habitantes sentían gran afecto por el modesto carpinte-

* Me gustaría dar las gracias a Almudena Villaverde González y a Agnieszka Dziudzisz por la ayuda que me han prestado durante la traducción de esta novela. (*N. del T.*)

ro, todos los días se acercaba alguien a su casa a desearle suerte y a intentar ayudarle en su tarea. El panadero, el tendero, el pescadero, incluso el tabernero, todos echaban mano de escoplos, martillos y lijas en su afán de que el carpintero terminara a tiempo. Por desgracia, ninguno de ellos estaba capacitado para realizar ese trabajo, y la hija del carpintero veía apenada cómo su padre se dedicaba más bien a arreglar lo que sus amigos estropeaban, en lugar de concentrarse en tallar el cofre. Una mañana, cuando solo quedaban cuatro días para acabar el encargo y el artesano ya se mesaba los cabellos presa de la desesperación, su hija se plantó en la puerta de la casa y echó de allí a todo el que llegaba para ayudar. El pueblo entero se sintió ofendido con la familia, a partir de entonces todos pensaron que el carpintero no era más que un grosero y un desagradecido, y su hija, una solterona maleducada. Me gustaría decirles que, aunque el carpintero perdió a sus amigos, dejó encantado al richón con su primoroso trabajo, pero estaría mintiendo. Porque cuando el domingo siguiente a la luna llena lo visitó de nuevo, el señor acaudalado se marchó al rato, furioso y con las manos vacías. El carpintero tardó aún varios días en terminar el cofre y después se lo regaló a su hija.

Cezary Rudzki finalizó su relato, carraspeó y se sirvió café del termo en una taza. Tres de sus pacientes, dos mujeres y un hombre, estaban sentados al otro lado de la mesa; tan solo faltaba el señor Henryk.

—¿Qué moraleja se desprende de todo eso? —preguntó el hombre sentado a la izquierda, Euzebiusz Kaim.

—La que cada uno de vosotros encuentre —contestó Rudzki—. Yo sé lo que quería decir, pero vosotros sabéis mejor que yo lo que queréis entender y cuál es el sentido que ahora mismo os es más necesario. Los cuentos no se comentan.

Kaim se quedó en silencio, Rudzki tampoco dijo nada y se acarició la barba blanca que, según algunos, le ha-

cía parecerse a Hemingway. Se preguntaba si debía comentar algo acerca de los acontecimientos del día anterior. De acuerdo con las normas, no debería hacerlo. Pero aun así...

—Aprovechando que no está el señor Henryk —dijo—, quería recordaros a todos que no solo no comentamos los cuentos: tampoco el desarrollo de la terapia. Es una de las normas básicas. Ni siquiera cuando una sesión es tan intensa como la de ayer. Con mayor motivo deberíamos callar.

—¿Por qué? —preguntó Euzebiusz Kaim sin dejar de mirar su plato.

—Porque entonces lo que hemos descubierto lo cubrimos con palabras e intentos de interpretación, cuando de lo que se trata es de que la verdad empiece a producir efectos, a encontrar un camino hasta nuestras almas. Sería deshonesto para con todos nosotros matar esa verdad mediante discusiones teóricas. Creedme, es mejor así.

Siguieron comiendo en silencio. El sol de junio penetraba por las estrechas ventanas, que parecían aspilleras, y pintaba con franjas relucientes la oscura sala. La habitación era muy modesta. Una mesa alargada de madera sin mantel, unas cuantas sillas, un crucifijo encima de la puerta. Un armarito, un hervidor de agua eléctrico, una nevera microscópica. Nada más. Cuando Rudzki descubrió ese lugar —un oasis de soledad en medio de la ciudad— quedó encantado. Pensó que unos aposentos eclesiásticos ayudarían más a la terapia que las casas rurales que solía alquilar. Y tuvo razón. A pesar de que en el edificio había una iglesia, una escuela, un consultorio médico y oficinas de diversas empresas, y de que justo al lado pasaba la Ruta Łazienkowska, el lugar transmitía una gran tranquilidad. Y eso era justo lo que necesitaban sus pacientes.

La tranquilidad tenía su precio. El local alquilado no disponía de ningún tipo de utensilio de cocina, así que él mismo había tenido que comprar una nevera, un hervi-

dor, un termo y una cubertería. La comida la encargaba fuera. Se alojaban en celdas individuales y además tenían a su disposición un pequeño refectorio —donde se encontraban ahora— y una sala, también pequeña, en la que se llevaban a cabo las sesiones. Una sala con una bóveda de arista que se apoyaba en tres gruesas columnas. No es que fuera la cripta de San Leonardo en el castillo de Wawel pero, en comparación con la habitación en la que solía recibir a los pacientes, se aproximaba bastante.

Sin embargo, ahora se preguntaba si no habría escogido un lugar demasiado sombrío, demasiado cerrado. Tenía la sensación de que las emociones liberadas durante las sesiones permanecían entre aquellos muros, rebotaban en ellos como una pelota de goma e impactaban en cualquier desdichado que apareciera por allí. Los acontecimientos del día anterior le habían dejado hecho polvo y se alegraba de que les quedara tan poco para terminar. Deseaba marcharse de allí cuanto antes.

Le dio un sorbo al café.

Hanna Kwiatkowska, de treinta y cuatro años, que estaba sentada frente a Rudzki, daba vueltas a una cucharilla entre los dedos sin apartar la mirada de él.

—¿Sí? —preguntó el doctor.

—Estoy preocupada —contestó ella con voz inexpresiva—. Ya son las nueve y cuarto y el señor Henryk aún no ha venido. Quizá debería ir usted a comprobar si todo va bien.

Rudzki se levantó.

—Iré a ver —dijo—. Creo que el señor Henryk simplemente está recuperando fuerzas después de las emociones de ayer.

Fue hasta la habitación de Henryk por un estrecho pasillo (en aquel edificio todo era estrecho). Llamó a la puerta. Nada. Volvió a llamar, esta vez más fuerte.

—¡Arriba, señor Henryk! —gritó a través de la puerta.

Esperó unos segundos, abrió y entró. No había nadie. La cama estaba hecha y no había efectos personales. Rudzki volvió al refectorio. Las tres cabezas se giraron al mismo tiempo en dirección a él, como si pertenecieran a un único tronco. Le recordaron a los dragones de las ilustraciones de los libros infantiles.

—El señor Henryk nos ha dejado. No os lo toméis como algo personal, por favor. No es el primer paciente que abandona la terapia de manera un tanto abrupta, ni será el último. Sobre todo tras una sesión tan intensa como la de ayer. Espero que esa experiencia produzca efectos y le ayude a encontrarse mejor.

Kwiatkowska ni parpadeó. Kaim se encogió de hombros. Barbara Jarczyk, la tercera paciente del grupo, formado hasta poco antes por cuatro personas, miró a Rudzki y le preguntó:

—¿Entonces hemos acabado? ¿Podemos marcharnos a casa?

El doctor negó con la cabeza.

—Volved a vuestros cuartos, descansad media hora y tranquilizaos. A las diez en punto nos reuniremos en la sala.

Los tres —Euzebiusz, Hanna y Barbara— se mostraron de acuerdo y salieron. Rudzki rodeó la mesa, comprobó que todavía quedaba café en el termo y se llenó la taza. Soltó un taco porque no había dejado espacio para la leche. Ahora tenía dos opciones: o verter un poco, o dar un sorbo. No soportaba el sabor del café solo. Echó parte en el cubo de la basura. Añadió la leche y fue hasta la ventana. Vio los coches que pasaban por la calle y el estadio situado en la acera de enfrente. ¡Cómo han podido volver a perder la liga esos inútiles!, pensó. Ni siquiera acabarán segundos, no valdrá de nada haber humillado al Wisła cinco a uno hace dos semanas. Aunque quizá consigan ganar la Copa, mañana es la primera semifinal, contra el Groclin.

El Groclin, al que el Legia no ha ganado ni una sola vez en los últimos cuatro años. Otra de esas maldiciones.

Se rio en voz baja. El hecho de que fuera capaz de meditar sobre la liga de fútbol en ese momento era prueba de lo increíble que resulta el funcionamiento del cerebro humano. Miró su reloj. Media hora más.

Poco antes de las diez abandonó el refectorio y fue al baño a lavarse los dientes. Por el camino se cruzó con Barbara Jarczyk. Ella le dirigió una mirada interrogativa al verle ir en dirección opuesta a donde se encontraba la sala.

—Ahora vuelvo —comentó.

Aún no había extendido la pasta sobre el cepillo cuando escuchó un grito.

2.

A Teodor Szacki lo despertó lo que solía despertar lo siempre los domingos. No, no era resaca, ni sed, ni ganas de mear, ni un sol deslumbrante colándose a través de los estores de bambú, ni gotas de lluvia repiqueteando sobre el tejadillo del balcón. Se trataba de Hela, su hija de siete años, que había saltado encima de Szacki con tal ímpetu que el sofá cama de Ikea chirrió.

Abrió un ojo, sobre el que cayó un rizo castaño.

—¿Has visto? La abuela me ha hecho tirabuzones.

—Ya veo —dijo y apartó el pelo de su ojo—. Lástima que no te dejara atada con ellos.

Besó a su hija en la frente, se la quitó de encima, se levantó y fue hacia el baño. Apenas había llegado a la puerta de la habitación cuando algo se movió en el otro lado de la cama.

—Conecta el hervidor, que se caliente el agua para hacerme un café —oyó en un murmullo que venía de debajo del edredón.

Cada fin de semana lo mismo: ¡se abre el turno de peticiones! Enseguida se sintió irritado. Había dormido diez horas, pero estaba increíblemente cansado. No recordaba cuándo había empezado todo aquello. Podía quedarse medio día tumbado en la cama y aun así se levantaba con mal sabor de boca, quemazón en los ojos y un dolor sordo entre las sienes. Absurdo.

—¿Por qué no me pides simplemente que te haga un café? —le reprochó a su esposa.

—Yo me lo hago —le costó distinguir las palabras que le dirigía—, no quiero darte quebraderos de cabeza.

Szacki alzó los ojos con gesto teatral. Hela se echó a reír.

—¡Pero si siempre dices lo mismo y siempre acabo haciéndote el café!

—No es necesario. Yo solo te pido que calientes el agua.

Orinó y le preparó el café a su mujer, tratando de no mirar la montaña de cacharros sucios que había en el fregadero. Si quería hacer el desayuno prometido, primero le esperaban quince minutos de fregado. ¡Dios, qué cansado estaba! En lugar de dormir hasta el mediodía y después ver la televisión, como todos los demás tíos de ese patriarcal país, ahí estaba él comportándose como un supermarido y un superpadre.

Weronika se había levantado de la cama y estaba en el recibidor observándose en el espejo con mirada crítica. Él también la miró así. Siempre había sido sexy, aunque nunca hubiera parecido una modelo. A pesar de ello, resultaba difícil encontrarle explicación a la papada y a los michelines. Y a la camiseta, claro. No le exigía que durmiera todos los días con prendas de tul y de encaje, pero, joder, ¿es que tenía que ponerse siempre esa camiseta con la inscripción «Disco fun» ya desteñida, que seguramente procedía de la época de los paquetes de ayuda? Le dio la taza. Ella lo miró con ojos algo hinchados, mientras se rasaba bajo un pecho. Se lo agradeció, le besó maquinalmente en la nariz y se fue a la ducha.

Szacki suspiró, se pasó la mano por los cabellos blancos como la leche y se metió en la cocina.

Pero ¿de qué te quejas?, pensó intentando sacar el estropajo sepultado por los platos sucios. Hacer el café es un rato, fregar otro rato, el desayuno otro más. Media hora de nada y todos felices. Se sintió aún más cansado al

recordar la cantidad de tiempo que se le escurría entre los dedos. Las paradas en los embotellamientos; las miles de horas vacías en los juzgados; los inútiles huecos en el trabajo en los que como mucho podía dedicarse a hacer solitarios; esperar tal cosa, esperar a tal persona, esperar a la espera. La espera como excusa para no hacer absolutamente nada. La espera como la profesión más agotadora del mundo. Un minero picador está más descansado que yo, se lamentó para sí mientras trataba de colocar en el escurreplatos un vaso para el que, a decir verdad, ya no había espacio. ¿Por qué no había quitado antes los cacharros secos? ¿Por todos los santos! ¿Sería tan fatigosa la vida para los demás?

Sonó el teléfono. Lo cogió Hela. Se dirigió a la habitación, escuchando la charla al tiempo que se secaba las manos con un trapo.

—Sí, pero no puede ponerse porque está fregando y haciendo huevos revueltos...

Le quitó el auricular a su hija.

—Aquí Szacki. Dígame.

—Buenos días, fiscal. No quisiera preocuparte, pero me temo que hoy no vas a preparar huevos revueltos para nadie. En todo caso, para la cena —escuchó al otro lado del teléfono la voz familiar de Oleg Kuznetsov, de la comisaría de la calle Wilcza, con su acento del este.

—Oleg, te lo ruego, no me hagas esto.

—No soy yo quien requiere tu presencia, fiscal, sino la ciudad.

3.

El viejo y enorme Citroën pasó bajo el pilar del puente colgante Świątokrzyski con una elegancia que habría sido la envidia de muchos coches de los que aparecían a modo de *product placement* sobre ese mismo puente en las comedias románticas polacas. Quizá Piskorski* fuera un defraudador, pensó Szacki, pero nos dejó dos puentes nuevos. En época de Kaczor** sería impensable que alguien se atreviera a realizar tal inversión. Sobre todo antes de unas elecciones. Weronika era jurista en el ayuntamiento y más de una vez le había contado cómo se tomaban las decisiones: por si las moscas, no se tomaba ninguna.

Llegó al barrio de Powiśle y, como siempre, respiró aliviado. Ya estaba en casa. Llevaba diez años viviendo al otro lado del río, en el distrito de Praga, pero seguía sin acostumbrarse. Lo intentaba, pero el único rasgo positivo que para él poseía su nueva pequeña patria era que se hablaba cerca de lo que él consideraba Varsovia. Dejó atrás el teatro Ateneum, donde en su día se enamoró de *Antígona en Nueva York*; el hospital en el que nació; las instalaciones deportivas donde tomó clases de tenis; el parque que se extendía sobre las laderas pegadas al Parlamento, donde le pasaba bomba con su hermano montando en trineo; la piscina donde aprendió a nadar y donde cogió hongos. Estaba en el distrito de Śródmieście, el centro de su ciudad,

* Paweł Piskorski, alcalde de Varsovia entre 1999 y 2002. (*N. del T.*)

** Apodo popular (literalmente significa «pato») con el que se hace referencia a cada uno de los hermanos Kaczyński, Lech y Jarosław; en este caso se refiere a Lech Kaczyński, alcalde de Varsovia entre 2002 y 2005. (*N. del T.*)

el centro de su país, el centro de su vida. El *axis mundi* más feo que uno pueda imaginar.

Pasó bajo el viaducto —que se caía a cachos—, giró en la calle Łazienkowska y aparcó junto a la casa de la cultura, después de dedicarle unos afectuosos pensamientos al estadio del Legia, situado doscientos metros más adelante, en el cual los guerreros capitalinos acababan de despedazar al equipo de la Estrella Blanca, el Wisła de Cracovia. No le interesaba el deporte, pero Weronika era una forofa tan apasionada que él, casi sin quererlo, era capaz de recitar de memoria los resultados de todos los partidos del Legia de los últimos dos años. Al día siguiente seguro que su esposa iría al partido con su bufanda tricolor. Semifinales de la Copa.

Cerró el coche y miró el edificio que había al otro lado de la calle, una de las construcciones más estrambóticas de la capital, al lado de la cual el Palacio de la Cultura y la colonia Puerta de Hierro parecían ejemplos arquitectónicos poco invasivos, serenos. En tiempos se encontraba aquí la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Częstochowa, destruida en la guerra, uno de los lugares donde los insurrectos polacos ofrecieron resistencia. Durante años permaneció sin reconstruir; daban miedo sus ruinas, sus columnas a medio derribar, sus sótanos abiertos. Cuando finalmente se le dio vida nueva, se convirtió en la tarjeta de visita del desbarajuste de la ciudad. Todo el que atravesaba en coche el viaducto de la Ruta Łazienkowska veía desde arriba aquel engendro de ladrillo, una mezcla entre iglesia, monasterio, fortaleza y palacio de Gargamel. En este lugar apareció una vez el Maligno. Ahora habían encontrado allí un cadáver.

Szacki se arregló el nudo de la corbata y cruzó la calle. Empezaba a lloviznar. Junto al portón de entrada había un coche patrulla y un vehículo policial sin distintivos, y alrededor algunos mirones que habían salido de la

misa matutina. Oleg Kuznetsov conversaba con un técnico del Laboratorio de Criminalística de la policía. Interrumpió la conversación y se acercó a Szacki. Se dieron la mano.

—¿Es que vas luego a un cóctel en la sede de algún partido en la calle Rozbrat? —se burló el comisario a la vez que le colocaba bien las solapas de la chaqueta.

—Los rumores acerca de la politización de la fiscalía son igual de exagerados que los chismes sobre las fuentes de ingresos adicionales de las que se nutren los policías varsovianos —le replicó Szacki. No le gustaba que se moraran de su atuendo. Independientemente del tiempo que hiciera se ponía traje y corbata, porque era fiscal, no el repartidor de una verdulería—. ¿Qué tenemos? —preguntó sacando un cigarrillo, el primero de los tres diarios que se permitía.

—Un cadáver, cuatro sospechosos.

—La virgen, otra matanza por culpa del alcohol. No pensé que en esta maldita ciudad se pudiera uno topar con un escondrijo de borrachines incluso en una iglesia. Y encima se han degollado en domingo, ni pizca de respeto —Szacki estaba auténticamente asqueado. Y no se le iba el cabreo por que su domingo en familia también hubiera sido víctima de un asesinato.

—No estás del todo en lo cierto, Teo —murmuró Kuznetsov girándose en todas direcciones para encontrar una posición en la que el viento no le apagara la llama del mechero—. En este edificio, aparte de la iglesia, hay un montón de empresas diferentes. Los locales han sido alquilados a una escuela, a un centro de salud, y a diversas organizaciones católicas; hay aquí también una especie de casa de retiro espiritual, los fines de semana vienen todo tipo de grupos a rezar, conversar, escuchar sermones, etcétera. Un psicoterapeuta había alquilado unas habitaciones para él y cuatro pacientes por tres días. Trabajaron el vier-

nes, trabajaron ayer y después de cenar se separaron. Esta mañana se presentaron a desayunar el doctor y tres de los pacientes. Al cuarto lo encontraron un rato después. Ya verás en qué estado. Los locales están en un ala aparte, no se puede llegar allí sin pasar junto a la portería. En las ventanas hay rejas. Nadie ha visto nada, nadie ha escuchado nada. Y de momento nadie ha confesado ser el autor. Un cadáver, cuatro sospechosos, sobrios y de buena posición social. ¿Qué te parece?

Szacki apagó el cigarrillo y se alejó unos pasos para tirarlo a la papelera. Kuznetsov arrojó el suyo a la calzada, justo bajo las ruedas de un autobús de la línea 171 que pasaba.

—No creo en esas historias, Oleg. Luego resultará que el portero se había pasado media noche durmiendo, algún borracho se coló a robar algo que le diera para comprar vino, por el camino se tropezó con el pobre neurótico, se asustó aún más que él y le dio matarile. Se pavoneará de ello delante de alguno de vuestros soplones y caso cerrado.

Kuznetsov se encogió de hombros.

Szacki creía todo eso que acababa de contarle a Oleg, y sin embargo notó que su curiosidad iba en aumento tras cruzar la puerta y según avanzaban por el estrecho pasillo que conducía a la salita donde yacía el cuerpo. Respiró profundamente para dominar la excitación, pero también el miedo al contacto con el cadáver. En cuanto lo vio, su rostro esbozó ya la indiferencia profesional. Teodor Szacki se escondió tras la máscara del funcionario que velaba por que se respetara la ley en la República de Polonia.

Sobre el autor

Zygmunt Miłoszewski nació en Varsovia en 1975. Escritor, periodista y escenógrafo, trabajó en la edición polaca de *Newsweek*. Debutó en 2004 con el relato titulado *Historia portfela* (Historia de una cartera), publicado en el semanario *Polityka*, y con la novela de terror *Domofon* (Interfono, 2005). Un año más tarde publicó *Góry Żmijowe* (La víbora), una novela para jóvenes. *El caso Telak* (2007) alcanzó gran popularidad tanto en Polonia como en el extranjero. Galardonada con el Nagroda Wielkiego Kalibru, que premia la mejor novela negra del año, fue llevada al cine por el prestigioso director Jacek Bromski. En 2011 se publicó la secuela de *El caso Telak*, *La mitad de la verdad* (de próxima publicación en Alfaguara Negra), que le valió de nuevo el Premio Nagroda Wielkiego Kalibru y una nominación al Passport Polityka, galardón que premia a los mejores autores de menos de cuarenta años, y fue adaptada al cine por el premiado director Borys Lankosz con guion del propio Miłoszewski. En 2013 publicó *Bezcenny* (Inestimable), un *thriller* que ha tenido un éxito sin precedentes en Polonia. Sus novelas han sido traducidas a más de diez idiomas.